

LA PANDEMIA Y OTROS RECUERDOS. (PACJAL)

El Sol nos cubre en todo su esplendor, debo energizarme, pero me es difícil, me rodea una nube negra y me abrume, miro a través de los visillos, le imploro a mi Dios me anime hasta levantarme. Ha irrumpido intempestivamente en nuestros días una desconocida Pandemia, llevamos varios meses atrapados por este virus, pensando se nos esfuma la vida, no recuerdo algo similar y me hago fuerte en esta realidad, llena de incertidumbres, no quiero decaer, las horas se hacen lentas en esta situación horrible que nos amedrenta.

Debemos enfrentar este suceso aislados socialmente, son las recomendaciones del Ministerio de la Salud. Debemos mantenernos en casa, no salir a la calle, el contagio es inminente y en este encierro obligado mi mente se retrotrae a aquellos tiempos de mi niñez, veo a mis padres, nunca una lágrima en sus ojos, nunca enfermos, jamás míseros o tristes, quizás si hubo alguna de esas emociones, quizás mi madre miraba al cielo para no llorar, nosotros niños inocentes no nos dábamos cuenta de episodios similares, vivíamos en la casa con nuestros abuelos maternos, recuerdo eran tiempos miserables, con grandes necesidades materiales y mucha ignorancia, esa generación tenía poco estudio, la vida los mantuvo sólo en un abismo de trabajo, no existía la palabra recreación ni depresión, hoy estamos viviendo algo desconocido.

Han declarado un confinamiento obligado, con toque de queda, hay tiempo para pensar, he concluido que la vida de nuestros padres, abuelos fueron días desafiantes. En mis ojos retengo con nostalgia aquella imagen de mi abuelita, con un bulto en la cabeza, trayendo ropa ajena para lavar, íbamos con mi hermano a buscarla cuando a veces la divisábamos y le ayudábamos, destino donde no había sonrisas. Mi madre trabajaba en una Iglesia como doméstica, yo nací allí en ese lugar santo. Me contaba ella, que los sacerdotes me querían mucho y me regalaban ropita, había una cunita donde yo pasaba el día. La pobreza de hoy, no es la misma de antaño, se viste con otros colores, no es aquel silencio soterrado que vivió aquella generación.

Las informaciones nos llegan a cada minuto, esta Pandemia será implacable, estamos atiborrados de noticias, nos cuesta entender este acontecimiento desconocido que ha llegado a muchos países, incluso a gran parte del mundo, será terrible la vida con días miserables y aislados, noticias que no quisiéramos escuchar, el miedo invade a gran segmento de la población.

Esta pandemia del Coronavirus no discriminó clases sociales, cada día cada noche, era vivir el terror, el confinamiento fue una sentencia para la población, hubo mucha gente incrédula que desafió a esta peste, siendo reacios a las vacunas que evitarían graves contagios, muchos no usaron las mascarillas para su protección sanitaria, exponiendo la vida de los suyos en su ignorancia. Ha sido tan implacable esta pandemia que dejamos de saludarnos afectivamente, al principio fue con la punta del zapato, luego con movimientos de manos y así cada día fueron cambiando nuestros afectos. Y empezó la Pandemia asesina, llevándose a niños y gente grande, sin derecho a un funeral digno, sin la despedida tradicional, que triste soledad para la familia.

No recuerdo que nuestros padres hayan vivido una crisis sanitaria tan terrorífica como la que estamos viviendo, bueno, aquellos eran otros tiempos y la gente moría de causas desconocidas y sin auxilio, había otras pestes, pero hoy con todo el avance de la medicina y la ciencia, esta pandemia rastrera tiene de cabeza a los profesionales de la salud y de la ciencia, ha habido demasiado estragos en la población, la pandemia se hace resistente y sigue muriendo gente, nuestras auroras cada día son más deplorables.

Llevamos casi dos años con esta despreciable visita, desesperados con la mascarilla, todo ha cambiado, todo se hace diferente, han sido tiempos oscuros, sin vacaciones, solo incertidumbre y temores, se instauró un sistema de estudios por una aplicación telemática para evitar el contagio de los estudiantes al tener clases presenciales en los establecimientos, no han sido buenos los resultados en su evaluación.

Si alguien estornudaba o tuviera tos, había que alejarse rápidamente, objeto evitar el contagio, todos nos hemos convertimos en apestados. Hemos empezado a respirar un poco más tranquilos, después de la cuarta dosis de la vacuna contra esta pandemia, portábamos el carnet correspondiente y poco a poco fueron disminuyendo los síntomas de esta impía peste, incluso el Ministerio de Salud autorizó a la población el no uso de la mascarilla en partes cercanas, no así en recintos hospitalarios y de la salud.

Hasta el día de hoy, han pasado varios años y algunas personas la siguen usando, la maldita pandemia se llevó a niños, jóvenes y adultos. Hoy estamos afectados por otro virus, una gripe que dura semanas, permaneciendo en nosotros tos persistente.

No puedo evitar retrotraerme al tiempo de mi madre y mi abuelita, el encierro nos regaló momentos para las remembranzas, aquellos tiempos míseros, atrapados por la indiferencia de la pobreza. Comíamos humildes platos en un cuarto negro a la luz de una vela, pero con la bendición de nuestro Dios nada extrañábamos, pues nada teníamos, sólo esa vida de silente resignación.

Esta Pandemia impactó severamente nuestros días cotidianos con tantas limitaciones, llevándonos a estados depresivos, afectando la salud mental de gran porcentaje de la población, muchas veces prefiriendo la oscuridad a la luz del día, la soledad en vez de la comunicación. En tiempos normales la gente salía a caminar, pasear, a la feria, otros, nos íbamos a la playa a disfrutar del buen verano con ese mar cómplice de todas nuestras emociones, pero fue muy triste ver nuestras calles desoladas, la televisión mostraba día a día los desastres que dejó esta pandemia. Muchos negocios cerraron sus puertas, aumentó la cesantía, parecía el ocaso de nuestras vidas. Mis salidas a la hora del crepúsculo para elevar plegarias a mi Dios y a mis seres queridos, quedaron en el ayer, seguí con el ritual de la Pandemia, encerrada en la penumbra de mi habitación, deseándoles descanso infinito a los que se había llevado la impía pandemia.

El contagio seguía atacando a la población.

Mi organismo somatiza situaciones estresantes o estados ansiosos, debido a mi sistema auto inmune vulnerable.

Un día amanecí enferma, era raro, soy una persona muy activa y sana, con fiebre y desanimada, tomé bastante líquido, me quedé en cama, estaba con temperatura, el cuerpo es muy sabio. Soy paciente crónica de salud mental, no logro dormir ni de día ni de noche, por tanto, consumo medicamentos para ello. Con esos malestares estuve tres días, un poco preocupada, al cuarto día decidí ir al consultorio para hacerme un antígeno, test que detecta rápidamente la presencia del Coronavirus, no tenía que preocuparme, finalmente, fue un cuadro alérgico.

Poco a poco fue desapareciendo la temperatura y mi garganta se normalizó. No estaba preocupada, soy mujer de mucha fortaleza, la vida me ha puesto todo tipo de pruebas y he sabido salir adelante.

Y seguíamos en la Cuarentena de esta peste, obsesivamente mi memoria seguía hurgando en el pasado, recuerdos de mi adolescencia, en tiempos de gran esfuerzo y aflicción de mis padres, logro recordar cuando ellos se casaron, fue como un día cualquiera, luego nos mudamos a una casa que el papá tenía para nosotros.

Ese cambio tuvo considerables cambios, yo era pequeña, unos cuatro años, mi hermano unos años más. El traslado de casa imponía condiciones, trabajo más trabajo, mi madre se veía muy cansada.

Hoy veo sus fotos, era una mujer buena moza, pelo largo y ondulado, muy delgada su cara hermosa, como las artistas antiguas, la foto era de un estudio fotográfico o alguna persona dedicada a ello, en el tiempo de mis abuelitos pasaban de casa en casa y les hacían retratos. Al casarse con mi padre, aquella miserable vida había quedado en el ayer.

La propiedad a la que nos fuimos a vivir era arrendada, una casa muy grande, comparada con la pieza de mis abuelitos, fue una bendición para nosotros, mi madre ponía cada día su beso en la Cruz de Dios, ambos se lo merecían.

Y esta Pandemia seguía raudamente evolucionando en la población, más apestados, más muertos, era una peste siniestra, yo no le temía, pero viendo tantas desgracias y dolores que padecían los contagiados, era imposible ser indiferente ante esta catastrófica situación.

Se me ocurrió escribirle a mi hijo, siempre lo hago, pero ahora el asunto era específico, si llegaba a contagiarme, le solicitaba me llevara al consultorio para informarse del diagnóstico de mi estado. Si el diagnóstico fuera de gravedad quería estar en mi casa, el hecho de estar contagiada, era quedar abandonada a mi suerte.

Los vulnerables estados de salud son preocupantes, los he vivido con mi familia, amigos y cercanos, sufrir hasta que el cuerpo no resista más y la enfermedad termine con ellos, sólo en esos míseros momentos, se presentan protocolarmente médicos, enfermeras y paramédicos, sabiendo que al enfermo le quedaba solo ese último soplo de vida. En esas líneas, le decía a mi hijo que no quería eso para mí.

Mi hermana falleció joven de una enfermedad autoinmune llamada Lupus, genes que heredamos de mi padre, ella dejó a dos hijas menores.

La Pandemia estaba retirándose lentamente cuando la niña menor se le declaró la misma enfermedad de la madre, el famoso Lupus.

Ha sido un proceso doloroso, la niña con catorce años estuvo en el hospital, los médicos no nos daban esperanzas de vida para ella, fue otra soberbia del destino, estuvo varios meses hospitalizada, sometida a un total de cinco quimioterapias y una diálisis, la famosa Pandemia a su retiro, seguía haciendo estragos en la población, mi sobrinita perdió todo su pelito y a los meses la enviaron a casa en silla de ruedas, una afección renal le impedía desplazarse sola, estaban cuidando sus otros órganos, para que no se activara el Lupus. Alrededor de un mes estuvo en casa y luego la llamaron del hospital para evaluarla, todo el tratamiento estaba dando buenos resultados, pero regresó a casa contagiada de Covid.

PACJAL6

Otro dolor, las esperanzas desaparecían mezquinamente. Seguían las cadenas de oraciones, donde su madre desde el infinito la protegía.

Grande fue el sufrimiento y milagrosas las oraciones, el cielo resplandecía, el amanecer de la niña eran bendiciones y así lentamente fue desapareciendo el maldito virus en ella, gracias a la atención médica y a nuestro Padre Celestial.

La niña milagrosamente quedó con un estricto tratamiento, florecían nuestros girasoles, asomaban su pelito al alero del candente abrazo divino, dejó la silla de ruedas, la familia fortalecida y agradecida por la luz que llegaba a nuestros corazones.

Todo esto ha sido un gran aprendizaje para nosotros, nuestra sobrinita se ha ido recuperando, ha retomado sus estudios con clases telemáticas producto de la crisis sanitaria. Esta Pandemia ha sido implacable, fueron miles los que murieron, fue terrorífico ver la crisis hospitalaria, gente interna hasta en los pasillos.

Esta Pandemia letal tuvo al mundo de la Ciencia y de la Medicina trabajando día y noche en la elaboración de vacunas en esta catástrofe mundial que nos afectó. Elevamos plegarias a nuestro Padre Celestial. Como sociedad hubo cambios severos, el valor de la conciencia se ha alejado de nosotros, hasta nuestros sentimientos son diferentes, esta pesadilla podría habernos hecho mejores personas, pero el comportamiento de un gran porcentaje de la población fue irresponsable.

Señor, silencio mi voz antes de rebelarme, veo con lentitud el paso de estos grises días y me refugio en mi Fe y me lleno de esperanzas de días mejores. En el Cielo estrellado me refugio, no es fácil, nos cambió la vida, me faltan las palabras, me obligo a escribir, mi mente se atrofia, ya no hablo del futuro, sólo del presente, debo ir al reencuentro de mis sueños, aceptar la vida en todas sus dimensiones y que esta pesadilla sea una gran lección de vida para todos. PACJAL

